

Las necesidades humanas y la (re)producción de la pobreza por el desarrollo económico moderno

Andri Stahel*

INTRODUCCIÓN

La manera cómo se conciben y se (re)producen las necesidades humanas es central para la comprensión de la acción social y individual y, en consecuencia, para la comprensión de determinada organización social. Sin embargo, esta cuestión está ausente de los debates sobre el desarrollo, ignorándose el carácter social y culturalmente específico de las necesidades humanas y cómo éstas, de hecho, confieren la especificidad misma a las distintas sociedades. Al plantear un análisis crítico del concepto de las necesidades humanas se constata la necesidad de replantearnos la noción de riqueza y de pobreza sobre la cual se basa la modernidad, poniendo en entredicho el concepto de desarrollo y, particularmente, de desarrollo sostenible mediante

el cual se pretende, actualmente, legitimar la continuidad del proceso de modernización.

DE LAS NECESIDADES BIOLÓGICAS A LOS SATISFACTORES COMO SIGNOS CULTURALES

En la definición más corriente del desarrollo sostenible —formulada por primera vez en el llamado «Informe Brundtland»—, éste es definido como «el desarrollo que permite la satisfacción de las necesidades de las generaciones actuales sin sacrificar la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer las suyas».

Esta definición nos obligaría, de entrada, a definir y a comprender qué son «las necesidades humanas» y con ello, el concepto mismo de riqueza y de pobreza. Sin embargo, es precisamente éste el análisis que no suele estar presente en las discusiones convencionales sobre el desarrollo, sostenible o no, asumiéndose que las necesidades humanas son algo inmutable y eterno y que, por lo tanto, no hace falta reflexionar sobre ellas. Sin embargo, y como veremos aquí, al intentar comprender el carácter históricamente relativo de las necesidades humanas, el concepto mismo de desarrollo moderno se ve cuestionado y con él, la esencia de nuestra sociedad moderna. Por el contrario, si se ignora esta cuestión, dejando sin someter a análisis el elemento más central de la definición del desarrollo sostenible —el de las «necesidades» (cuáles y de quién) a ser satisfechas por el proceso del desarrollo— la propia discusión en torno del desarrollo sostenible se convierte en una discusión vacía o, aún peor, en una nueva justificación para más de lo mismo, un ropaje nuevo para seguir creyendo en el mito moderno del progreso y del desarrollo.

Por lo tanto, si queremos ir más allá de esta visión hace falta, de entrada, comprender que el ser humano, como ser dotado de una conciencia reflexiva y —socialmente— de una

* Andri W. Stahel es licenciado en Ciencias Económicas por la Facultad de Economía y Administración de la Universidad de Sao Paulo, y en Administración Pública por la Escuela de Administración Pública en la Escuela de Administración de Empresas de la Fundación Getúlio Vargas (EAESP-FGV). Actualmente es profesor del Master en Sostenibilidad de la Cátedra Unesco de la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC) y profesor y miembro del Equipo Pedagógico de Vilartimó.

cultura simbólica, no tiene sus necesidades determinadas de forma puramente biológica e instintiva, sino que éstas se inscriben siempre en un determinado contexto cultural dado por la historia propia a cada grupo social, por la trama de relaciones sociales que lo caracterizan y —a un nivel más amplio— por la reproducción de los valores culturales y simbólicos que lo distinguen. Una cosa es pues la necesidad de comer, de abrigarse, de vestirse, o de relacionarse socialmente, y otra distinta es cómo son satisfechas estas necesidades en el seno de cada grupo social, de cada cultura. Es esta diferencia la que movió a Max-Neef a distinguir entre lo que él llama necesidades y lo que denomina satisfactores:

Cada sistema económico, social y político adopta distintos métodos para la satisfacción de las mismas necesidades humana fundamentales. Éstas son satisfechas (o no) en cada sistema por la generación (o no) de distintos satisfactores. Podemos incluso decir que uno de los aspectos que definen una cultura es su elección de satisfactores (...) Los cambios culturales son, entre otras cosas, la consecuencia de abandonar satisfactores tradicionales con el objetivo de adoptar satisfactores nuevos o diferentes.¹

Los cambios culturales son pues —entre otras cosas— la consecuencia de abandonar la fideuá o el pan con tomate, para adoptar la pizza y el BigMac como fuente de alimentación. De hecho, como ya analizaba Baudrillard en los años sesenta y setenta, lo que compramos y consumimos no son objetos, sino más bien objetos/signos.² Las mercancías, aunque se presentan al consumidor bajo la luz de una colección heteróclita de objetos destinados a la satisfacción de ésta o aquella necesidad, no dejan de formar, en su conjunto, un sistema coherente de signos culturales, un lenguaje social que estructura la relación del hombre no sólo con el objeto, sino también con la colectividad, con el mundo y consigo mismo. Al adoptar determinados satisfactores para satisfacer determinada necesidad, al escoger determinado producto —como pueden ser determinadas marcas de cigarrillos, de ropa o de coche, pasar las vacaciones en determinados sitios u hoteles, etc.— no estamos ya satisfaciendo las necesidades inmediatas (de comer, de ocio, de desplazamiento, etc.), sino que estamos estructurando nuestra propia

identidad, estamos adhiriéndonos a determinados valores sociales y nos estamos situando en el interior del universo simbólico, compartido, de determinados grupos sociales. De esta forma no sólo cada grupo social, sino la identidad individual de cada persona, se caracteriza —entre otras cosas— por la adopción de determinados satisfactores que actúan, a la vez, como signos culturales.

POBREZA Y MISERIA: ¿UNA CARENCIA DE QUÉ?

Es este carácter cultural y simbólico de los objetos el que ha permitido a André Gorz establecer una distinción fundamental entre *pobreza* y *miseria*. Mientras que la segunda puede ser definida objetivamente como representativa de una carencia de condiciones, tanto físicas (alimentación, abrigo, etc.), como emocionales o psicológicas, para un desarrollo físico y psíquico que no se caracterice por malformaciones de carácter patológico del ser humano, la primera se refiere siempre a una dimensión subjetiva, a una carencia con relación a aquello que se «desearía tener»:

La pobreza no es un dato objetivo, mensurable (al contrario de la miseria o de la subalimentación): es una diferencia, una iniquidad, una incapacidad de acceder a lo que la sociedad define como «bien» y «bueno». Es una exclusión del modo de vida dominante... Lo que hace ser pobre es el hecho de tener menos, en relación con determinada norma sociocultural que orienta y estimula los deseos. Uno es pobre en Perú al caminar descalzo, en China al no tener bicicleta y en Francia al no poder pagarse un coche.

¹ Manfred Max-Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn, *Human Scale Development - An Option for the Future* (Cepaur / Dag Hammarskjöld Foundation, Uppsala 1990), pp. 20-21. Desarrollo a escala humana, Barcelona, Icaria, 1994).

² Las obras clásicas de Jean Baudrillard sobre estos temas fueron: *Le Système des Objets* (Denoël-Gonthier, Paris 1968), *Pour une Critique de l'Économie Politique du Signe* (Gallimard, Paris 1972) y *La Société de Consommation* (Gallimard, Paris 1974).

En los años 30 uno era pobre al no poder comprar una radio, en los años 60 al no poder comprar una televisión y en los años 70 uno se convierte en pobre al no poder comprar una televisión en color.³

Es esta misma lógica de la pobreza que permitió a Illich hablar de la modernización de la pobreza, es decir, de la reproducción de la pobreza por el proceso del desarrollo. Como afirmara este autor:

La mejor manera de crear un mercado es asociar un producto a un privilegio importante. Cuando esto se logra, el modelo viejo es desvalorizado y el consumidor se abandona a la ideología del crecimiento ilimitado (...) Los individuos, y también los países, se clasifican según la edad de sus stocks de artefactos y de bienes. Algunos —la minoría— se pueden permitir el lujo de poseer siempre el último modelo. Los demás aún emplean coches, lavadoras y radios que tienen cinco, diez o quince años de edad. Pasan sus vacaciones, seguramente, en hoteles igualmente pasados de moda, es decir, descalificados. El nivel de consumo indica exactamente dónde se sitúa cada cual en la escala social... La innovación periódica nutre la creencia que la engendró: la ilusión de que lo que es nuevo es mejor. Esta creencia es hoy una parte integrante de la mentalidad moderna. Nos olvidamos, sin embargo, de que cada unidad nueva lanzada al mercado crea más necesidades de las que suple. Si lo nuevo es mejor, lo antiguo es menos bueno. De esta forma, el destino de la humanidad en su inmensa mayoría es menos bueno. Lo nuevo crea así una nueva pobreza. El consumidor, el usuario, siente con crueldad la distancia entre lo que tiene y lo que sería mejor tener. Mide el valor de un producto por su novedad y se presta a una educación permanente para poder consumir y emplear esta innovación. Nada escapa al uso, ni siquiera los conceptos. La lógica del «siempre mejor»

sustituye la lógica del «bien» como elemento estructurador de la acción social (...).

El individuo que no cambia sus objetos conoce el rencor del fracaso; el que los cambia descubre el vértigo de la falta. El cambio acelerado produce en él los efectos de acostumbrarse a una droga: prueba, comienza otra vez, está preso, enfermo, está con carencia.⁴

LA POBREZA COMO LEGITIMACIÓN DEL DESARROLLO

De esta forma, contrariamente a todo el discurso dominante del desarrollo moderno, éste no se caracteriza por ser una búsqueda de cómo paliar la pobreza sino, por el contrario, se nutre de la pobreza y necesita de ella como motor de su lógica, orientada eternamente hacia el futuro. Es esta (re)producción de la pobreza la que nutre —y legitima— la reproducción ampliada de la producción de mercancías y, de este modo, del capital.

Es más, podemos afirmar que la sociedad moderna es la primera sociedad que ha creado un cuerpo técnico especializado, cuya función es justamente la de crear y (re)producir la pobreza: los profesionales de la publicidad y del marketing que, mediante la manipulación del lenguaje simbólico y al incidir sobre las carencias y los anhelos psicológicos inconscientes de las personas, logran fomentar el deseo de consumo y la subjetividad de la pobreza. Por consiguiente, la llamada ayuda al desarrollo —legitimada bajo el manto de «lucha contra la pobreza»— es, de hecho, la manera por la cual la pobreza es introducida en sociedades que se organizaban, antes de este contacto con la modernidad, en torno de la lógica de la abundancia y no en torno de la lógica de la escasez. Es precisamente esta supuesta «ayuda» el instrumento por el cual se introduce en tales sociedades el modelo social moderno y —sobre todo— la concepción moderna de necesidades.

Anteriormente, estas sociedades orbitaban en torno a una lógica sociocultural que no buscaba incesantemente lo nuevo, sino que cultivaba la preservación de los valores y de los equilibrios presentes. Se basaban en el principio de la saciedad y no de la concepción, típicamente moderna, de que el ser humano se caracteriza por poseer necesidades ilimitadas, es decir, del

³ André Gorz, *Ecologie et Politique (Seuil, Paris 1978)*, p. 65.

⁴ Ivan Illich; *La Convivialité (Éditions du Seuil, Paris 1973)*, pp. 110-112.

argumento de la lógica de la falta, de la carencia.⁵ Es más, se trataba de organizaciones sociales en las cuales el mercado jugaba una función secundaria, justamente al contrario de la sociedad moderna, cuya organización social se articula en torno de las relaciones del mercado y que ha elegido los satisfactores mercantiles (las mercancías) como los satisfactores más importantes, anteponiendo así —como ya analizó Fromm— el Terner al Ser.⁶ Bajo esta concepción, al no tener dinero para acceder a la posesión de los satisfactores mercantiles privilegiados por las sociedades modernas, uno es y se siente pobre casi por definición. Y es esta concepción mercantil de la pobreza la que ensombrece todos los otros tipos de «pobrezas», como la pobreza espiritual, la pobreza afectiva/emocional, la pobreza de relaciones —tanto sociales como con un medio físico armonioso—, bajo cuyo prisma, de hecho, tendríamos que invertir la concepción dominante de sociedades ricas y pobres, ya que es justamente en los países más desarrollados donde más se sufre de este tipo de pobrezas, hecho que parecen confirmar los altos índices de suicidio y de enfermedades de carácter depresivo que las caracteriza. Sobre este punto podemos, otra vez, seguir a los autores de la ecología política:

La sociedad moderna, contrariamente a todas las apariencias, no es una sociedad de la abundancia. Al abandonar la regla primitiva según la cual las necesidades, la «riqueza» y la «pobreza» se fundamentan en la relación humana y se manifiestan en el reparto concreto y simbólico de bienes —sustituyéndolo por el principio moderno de la insaciabilidad de los deseos individuales y por el ideal de acumulación de mercancías— las sociedades industriales modernas se han condenado a una lucha, auténticamente infinita, contra las carencias. «Es necesario», decía Baudrillard en 1970, «abandonar la idea preconcebida que tenemos de las sociedades de la abundancia como sociedades en las cuales todas las necesidades materiales (y culturales) están ampliamente satisfechas, pues tal idea elimina la lógica social. Tenemos que compartir la idea, retomada por Marshall Sahlins, según la cual son nuestras sociedades industriales y productivistas —al contrario de ciertas sociedades primitivas— las que están dominadas por la escasez, por la obsesión de la escasez, característica de la

economía del mercado. Cuanto más se produce más se resalta, en el seno mismo de la profusión, el alejamiento irremediable del punto final que sería la abundancia, definida como el equilibrio entre la producción humana y las finalidades humanas. En la medida en que lo que es satisfecho —y cada vez más satisfecho a medida que aumenta la productividad— son las «necesidades» mismas del orden de la producción y no las «necesidades» del ser humano —en cuyo desconocimiento, al revés, se basa todo el sistema— queda claro que la abundancia retrocede indefinidamente o, peor aún, es irremediablemente negada en beneficio del reino organizado de la escasez... No es pues una paradoja afirmar que, en nuestras sociedades «opulentas», la abundancia está irremisiblemente perdida y que nunca podrá ser restituida, ni con un aumento *ad infinitum* de la productividad, ni con la liberación de nuevas fuerzas productivas (...) Fue su lógica social la que dio a conocer a los primitivos la «primera» (y única) sociedad de la abundancia. Y es nuestra lógica social la que nos condena a una lujosa y espectacular penuria.⁷

En este sentido, la lucha contra la pobreza es, antes que nada, una lucha contra la lógica social moderna, conllevando la necesidad de adoptar nuevos satisfactores no mercantiles y

⁵ Esta concepción moderna, de hecho, es la heredera de la visión cristiana del pecado original, la idea de que el hombre nace ya con una carencia básica (el pecado original) que tiene que ser remediada por una acción volcada hacia el futuro: la redención. En su versión actual, el pecado consiste en haber nacido en un medio pobre y la redención vendría determinada por el desarrollo. Ahora bien, si en la concepción cristiana este futuro está delimitado en el tiempo (la muerte individual y la transición para la vida eterna y, colectivamente, por el juicio final del fin de la historia), en su vertiente materialista este futuro se sitúa en el infinito, ya que siempre quedan «huecos» por llenar. En ambos casos, sin embargo, el mensaje subyacente es el mismo: somos seres incompletos y hace falta que nos desarrollemos, que cambiemos, rumbo a un futuro de mayor plenitud. El presente, así, no se caracteriza por su belleza y abundancia propias, sino por sus carencias.

⁶ Erich Fromm; Ter ou Ser? (Guanabara Koogan, Rio de Janeiro 1987).
⁷ Pierre Alpanhdéry, Pierre Bitoun e Yves Dupont; O Equívoco Ecológico - Riscos Políticos (Brasiliense, São Paulo 1992, pp. 109-110), citando Jean Baudrillard, La Société de Consommation (Paris, Gallimard 1974), pp. 90 y 92. De Marshall Sahlins conviene citar su libro Âge de Pierre, Âge d'Abondance (Gallimard, Paris 1976).

tampoco valorados en función de su novedad o de la «moda», que es, por cierto, otra de las creaciones modernas.⁸

LA CONSECUCCIÓN DE LA RIQUEZA A TRAVÉS DE UNA CULTURA DE LA SUFICIENCIA

Así, tan sólo un cambio de perspectiva, y no un incremento del desarrollo, puede abrir las puertas de la riqueza, como Thoreau, en su clarividencia, había señalado hace ya casi un siglo y medio al afirmar que «un hombre es rico en proporción al número de cosas de las cuales es capaz de prescindir».⁹ Es sólo en el interior de una cultura de la suficiencia, de lo que Illich¹⁰ denominó «austeridad voluntaria» —que no supone una austeridad puritana, sino simplemente la limitación voluntaria de la producción/consumo de bienes y servicios que degradan las relaciones sociales y/o ecológicas— donde pueden surgir tanto un desarrollo orientado a los valores del ser, como una organización social de la economía capaz de generar riqueza, al satisfacer las necesidades sentidas de sus miembros, en lugar de volcarse en la satisfacción de los intereses de la producción.¹¹

Ahora bien, además de crear pobreza al nivel de las subjetividades y de la concepción culturalmente determinada de las necesidades, hay también un campo concreto en el cual el proceso de modernización, lejos de paliar la pobreza, la (re)genera. Todo nuevo producto, toda nueva tecnología, pasa —una vez

creado— a formar parte del medio en el cual se dan las relaciones sociales y ecológicas, alterándolas. Al cambiar la realidad, cambian también las necesidades concretas de aquellos que en ella viven. Así, para dar algunos ejemplos, la invención y la generalización del automóvil como instrumento de transporte o desplazamiento permitió y provocó una nueva distribución geográfica de las actividades económicas y sociales en general, determinando así un nuevo modelo de urbanización y una nueva distribución y concentración económica a nivel territorial. Al hacerlo, creó la necesidad de poseer un automóvil, no ya para disfrutar de más libertad de desplazamiento, sino simplemente para hacer frente a las nuevas exigencias de la vida social en el nuevo contexto ambiental, creado por el automóvil mismo. De igual forma, actualizar continuamente los equipos informáticos —aumentando tanto la potencia y velocidad de procesamiento del «hardware» como el grado de actualización del «software»— ha dejado de ser una cuestión de dónde se sitúa cada cual en la escala social según la «novedad» de sus equipos, sino —de forma cada vez más concreta— sencillamente una cuestión de situarse en la sociedad ya que, pasados algunos años, los sistemas «antiguos» son incapaces de comunicarse con los nuevos y de comprender su lenguaje. Con ello se convierte a los antiguos equipos en reliquias, condenadas a un solitario monólogo o directamente a la basura, contribuyendo así a la aceleración de la degradación entrópica del planeta.

Es pues importante tener en cuenta que estos cambios no representan necesariamente un aumento de la riqueza entendida como «calidad de vida», dada por lo que los economistas denominan el «valor de uso» —cualitativo— en oposición al «valor de cambio» —cuantitativo, monetario— de los bienes, sino más bien al contrario. Desde luego, a nivel colectivo, llevan a una reducción de la riqueza, ya que toda modernización descalifica automáticamente lo «menos moderno». Además, esta reducción de la riqueza (valores de uso) por la multiplicación de la producción de mercancías (valores de cambio) es especialmente cierta si consideramos que, como nos recuerda Sachs:

Particularmente para los más abastecidos, lo que falta no es dinero, sino tiempo (...) Hay que considerar que, más allá de cierta cantidad, las cosas pueden robar tiempo. Los bie-

⁸ Como demuestra, por ejemplo, Gilles Lipovetsky en *El imperio de lo efímero - La moda y su destino en las sociedades modernas* (Anagrama, Barcelona 1999).

⁹ Henry Thoreau, *Walden ou a Vida nos Bosques* (Global Editora, São Paulo 1989 - 5a Edición), p. 85.

¹⁰ Op. cit.

¹¹ Sobre este punto puede ser interesante leer la obra de John Keneth Galbraith, en particular *The New Industrial State* (1978), a lo largo de la cual este autor derrumba la noción, convencional en las «ciencias económicas», de que es el consumidor quien, por sus opciones de compra, rige el proceso productivo. Al revés —como demuestra Galbraith— son los intereses del sector productivo los que, por su hegemonía cultural, política y económica en la sociedad moderna (con su influencia sobre la política de los gobiernos, su control sobre los medios de comunicación, las instituciones de educación, la publicidad, etc.), rigen las opciones de los consumidores, tanto más dominados cuanto más se creen dueños de su propia libertad de decisión.

nes, tanto grandes como pequeños, tienen que ser escogidos, comprados, montados, empleados, experimentados, mantenidos, conservados, limpiados, arreglados, ordenados y eliminados (...). El número de posibilidades —bienes, servicios, eventos— explotó en las sociedades opulentas, pero el día, en su forma convencional, sigue teniendo 24 horas. En consecuencia, un ritmo frenético y el estrés se han convertido en la experiencia cotidiana. La falta de tiempo se convierte, así, en la Némesis de la opulencia.

De hecho, en una sociedad de múltiples opciones, las personas no sufren de una falta, sino de un exceso de oportunidades. Mientras en el primer caso el bienestar se ve amenazado por una falta de medios, en el segundo se ve acosado por una confusión en cuanto a los fines. La multiplicación de opciones hace cada vez más difícil saber lo que se quiere, decidir lo que no se quiere y dar valor a lo que se tiene. En el torbellino de la vida moderna, muchas personas han perdido la claridad del propósito y la determinación de su voluntad. Además de llevar a todo tipo de dificultades personales, esta circunstancia tiende a minar el bienestar en las sociedades postindustriales.

Observándolo más de cerca, podemos ver que el bienestar tiene dos dimensiones: una material y otra inmaterial. La satisfacción material se obtiene adquiriendo y consumiendo determinados objetos y materiales (...). La satisfacción inmaterial se deriva del modo en que el objeto y los materiales son empleados: disfrutar de la cocina italiana y de una compañía agradable en la cena puede incluir una dimensión de placer adicional. De la misma forma, muchos objetos sólo adquieren su valor completo al ser utilizados, disfrutados y cuidados. Sin embargo —y éste es el dilema— para obtener la satisfacción inmaterial se requiere atención, hay que involucrarse y dedicarle tiempo (...). La conclusión es evidente: tener demasiadas cosas materiales reduce el tiempo para las cosas inmateriales. Un exceso de opciones puede, fácilmente, reducir la satisfacción plena. De esta forma, la pobreza de tiempo degrada la utilidad de la riqueza material (...). Tener demasiado se contrapone a vivir bien. En la frugalidad está pues la clave para el bienestar.¹²

EL DESARROLLO COMO GENERADOR DE POBREZA

Todo ello se hace aún más evidente, si consideramos que el valor inmaterial no disfrutado de nuestros bienes y de los servicios que tenemos a nuestra disposición contribuye a nuestro estrés psicológico y a nuestra pobreza personal, dados por la distancia entre lo que tenemos y hacemos, y lo que nos gustaría tener y hacer. Es más, en las sociedades no opulentas —llamadas «subdesarrolladas»— el proceso de desarrollo introduce la pobreza, no sólo por crear una nueva estructura de necesidades —tanto subjetivas como objetivas— introduciendo nuevos satisfactores mercantiles y nuevas exigencias por parte de sus sistemas técnicos y sociales para hacer frente a las nuevas formas de socialización y de vida, sino también por destruir la forma por la cual tales sociedades suplían anteriormente, de forma autónoma y descentralizada, los valores de uso. Concretamente, se crea y se reproduce la pobreza al destruir las complejas redes sociales y ecológicas por las cuales antes se (re)producían los valores de uso, sustituyéndolas por un sistema de relaciones mediadas por el mercado y centradas en la lógica del valor de cambio —monetario— de las mercancías.

De hecho sabemos, como mínimo desde los análisis de Polanyi, que la idea de que las relaciones sociales y económicas humanas podrían ser reguladas por las relaciones de compra y venta en el mercado es absolutamente novedosa y característica de la sociedad moderna. Como afirmara dicho autor:

La historia y la etnografía han mostrado la existencia de distintos tipos de economía que, en su mayor parte, cuentan con la institución de los mercados. Sin embargo, ni la historia ni la etnografía han tenido conocimiento de ninguna otra economía anterior a la nuestra que, siquiera aproximadamente, estuviese dirigida y regulada por los mercados (...). La economía de mercado —lo olvidamos con demasiada facilidad— es una estructura institucional que no ha existido en otras épocas, sino únicamente en la nuestra, e incluso en este último caso no es generalizable a todo el planeta...

¹² Wolfgang Sachs; *Planet Dialectics - Explorations in Environment & Development* (Zed Books, Londres 1999), pp. 208 y 211-212.

Con relación a la economía anterior, la transformación a la que condujo este sistema es total, de manera que se parece más a la metamorfosis del gusano de seda en mariposa que a una modificación expresada en términos de crecimiento y de evolución continua.¹³

Ahora bien, es este mismo cambio radical el que podemos observar con la expansión de la economía moderna a nuevas áreas del globo, expansión que es inherente, ya por definición, a la organización social moderna y a su proyecto de desarrollo expansionista. El desarrollo moderno puede ser visto, desde esta perspectiva, como la sustitución de las distintas formas de organización socioeconómica (y ecológica) por una organización de las dinámicas sociales (y ecológicas) mediadas por las relaciones de mercado, por la compra y venta en la búsqueda incesante del beneficio, y por la acumulación del capital. Ahora bien, ello supone sustituir otras formas sociales (y ecológicas) de producción de riqueza (valores de uso), por la forma capitalista de producción de valores de cambio (mercancías). La reciprocidad (la economía del «don», del regalo) y la redistribución (la organización de la vida económica por la cual el conjunto de la sociedad se hace cargo del conjunto de sus miembros) van perdiendo protagonismo, para ser sustituidas por un único cálculo económico egoísta, por el que cada cual intenta sacar el máximo beneficio monetario inmediato en sus relaciones en el mercado y por el que, en ausencia de una red de protección social, aquel que no logra insertarse en la economía del mercado se convierte en un excluido, no sólo pobre sino miserable, ya que queda privado del acceso a los elementos básicos para la subsistencia humana.

¿QUIÉN GENERA RIQUEZA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS?

La concepción moderna supone imaginar que sólo la producción de mercancías (tanto bienes como servicios) genera riqueza, ignorando otras formas sociales y ecológicas de producción

de riqueza. Según esta concepción, la canguro, el cocinero, el profesor y el psicólogo «trabajan» (y su trabajo añade valor al PIB del país), mientras que la madre, el padre y el amigo o confidente no trabajan y no añaden, por tanto, riqueza al país. Producir agua mineral industrializada es, a los ojos de la modernidad, producir riquezas, a la vez que el complejo ciclo hidrológico en el seno de la biosfera —que consume nada menos que un 23% del total de la energía solar que incide sobre la tierra— que recicla y purifica el agua en la biosfera, hasta que emerge «pura» de alguna fuente subterránea, no se contempla como fuente de riqueza. De hecho, en el marco de esta miopía crematística moderna, incluso la destrucción de los ecosistemas acuáticos por la contaminación industrial y agrícola, o la disyunción de los ciclos hidrológicos y del equilibrio climático, son computadas como adiciones al PIB, y por tanto, a la riqueza del país; al igual que las guerras, los aumentos en la incidencia del cáncer y los accidentes de carretera, oportunidades todas ellas fabulosas para la producción de bienes y servicios y para la expansión de nuevas industrias.

De hecho, asumir que la «naturaleza» no produce riqueza y que, incluso en la sociedad humana, la única fuente de riqueza es el trabajo humano (definido como trabajo el que resulta en la producción de mercancías, es decir, en algo destinado al mercado), es la fuente básica del prejuicio moderno que ve el desarrollo económico (en la práctica visto como incremento de la actividad mercantil, del PIB) como la única fuente de riqueza creciente. Y es este prejuicio el que permite considerar como sociedades «pobres» aquellas en las que la mayor parte de la (re)producción de la riqueza social no pasa por el mercado. Como señala Goldsmith:

Es central en la visión del mundo moderno la idea de que todas las riquezas son producidas por el hombre: fruto del progreso científico, industrial y tecnológico. Así, la salud es vista como algo que es proporcionado por los hospitales, o al menos por la profesión médica (...) la educación es vista como una mercancía que se puede adquirir en escuelas y universidades (...).

Para los economistas formados en este paradigma, los beneficios naturales —resultantes del funcionamiento normal de la biosfera, que garantiza la estabilidad climática,

¹³ Karl Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del Liberalismo Económico*; Madrid: *la Piqueta*, 1989, pp. 85, 76 y 82, respectivamente.

la fertilidad del suelo, el ciclo del agua y la integridad y cohesión de nuestras familias y comunidades— no son valores ni riqueza.¹⁴

LA RIQUEZA EN LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

Es esta visión la que permitió al hombre moderno, «civilizado», ver a las sociedades «primitivas» como sociedades pobres, aunque lo primero que han relatado los exploradores europeos al entrar en contacto con estas sociedades y estos ecosistemas ha sido su naturaleza lujuriente y abundante, la aparente salud de los indígenas y lo poco que estos trabajaban para mantenerse, prefiriendo, por el contrario, dedicarse a la pereza y a todo tipo de fiestas y rituales paganos abominables.

Así, por ejemplo, antes de que el hombre moderno se dedicara a convertir los EUA en el país con el mayor PIB del mundo (a la vez que el primero que consigue que su población encarcelada supere a su población activa en los campos), éstos se caracterizaban por:

Praderas atestadas de búfalos, desplazándose en manadas para las que un día entero no era suficiente para verlas acabar; numerosas antas en las orillas de los lagos; ciervos por todas partes; uvas silvestres en las largas extensiones de bosques del oeste; frutos silvestres de diversos tipos; abundante pescado en cada lago o corriente de agua; ostras de nueve pulgadas o más, (...); langostas de más de veinte libras, de fácil captura; pavos salvajes en bandadas tan grandes que su glugluteo matinal podía ser ensordecedor; palomas viajeras que oscurecían literalmente el día. Había urogallos, gallinas silvestres, patos de todos los tipos, gansos tan osados que muchas veces intentaban ahuyentar a los cazadores que se les acercaban.¹⁵

Esta región estaba cubierta por suntuosos bosques templados, repletos de caza y de abundantes frutos salvajes de todos los tipos, moras, hierbas y raíces. En baja mar, tan abundantes eran los mariscos que los *Tlinglit*, una tribu indígena local, solían decir que «al menguar la marea, la mesa está servida». Tampoco, así parece, era necesario cons-

truir puentes, ya que se decía que uno podía cruzar los ríos sobre los dorsos de los salmones. Toda esta riqueza ecológica era proveída a los indígenas por el libre y autorregulado funcionamiento de los procesos de la biosfera.¹⁶

Pero también en la África subsahariana, que llena hoy nuestro imaginario colectivo con imágenes de miseria y de pobreza, la miseria llegó con el proceso de desarrollo —que destruyó sus ecosistemas y sus estructuras sociales— y no al revés:

Mungo Park, en sus *Viajes por África*, nos dice que en el río Gambia abundaban los peces y que la naturaleza, «con mano liberal», había dado a los habitantes de esta región la bendición de la fertilidad y de la abundancia. Dos viajeros franceses del siglo XVIII, Poncet y Brevedent, anotaron que en la área de Gezira, en el Sudán, hoy ocupada por campos de algodón erosionados, había «agradables bosques de acacias floridas, llenas de pequeños loros verdes» y «planicies fértiles y bien cultivadas» y que dicha área era llamada el País de Dios (Belad-Allah) «por su gran abundancia».¹⁷

También a nivel social había diferencias. En estas sociedades el cuidado de los niños, su educación, la reproducción de los valores culturales y de la salud, el cuidado de los ancianos y todo aquello que conforma la existencia social humana, no estaba proveído por la producción de mercancías, sino que se organizaba de forma descentralizada y autorregulada de modo que, en todas las sociedades, la economía formaba parte de la trama socio-cultural en lugar de estar aislada en un campo se-

¹⁴ Edward Goldsmith; *The Way - An Ecological World View* (Rider, Londres 1992), p. 171. (Traducción española: *El Tao de la ecología, Icaria, Barcelona, 1999*).

¹⁵ John Bakeless; *Our Land as it Was; en The Ecologist*, vol. 7, no 2; pp. 247-249, describiendo las grandes praderas y el actual Manhattan y sus alrededores, cuando la llegada de los primeros colonos europeos.

¹⁶ Goldsmith, op. cit., p. 180, describiendo la costa Oeste de los EUA antes de que fueran los EUA.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 173-174, citando Mungo Park, *Travels in the Interior of Africa* (Folio Society, Londres 1984 - edición original del 1799), p. 5 y Nigel Pollard, *The Gezira Scheme: a Study in Failure; en The Ecologist*, vol. 2, no 1, pp. 21-31.

parado, y regulada por una institución específica, el mercado, que sólo conoce el lenguaje de los precios y de las relaciones de compra y venta. Es sólo con la introducción del libre mercado como entidad reguladora de la *oikonomia* (término que originariamente no se refería a la crematística —el arte de la acumulación mercantil— sino a la «administración y gestión del hogar») y la capitalización de los bienes de la biosfera (transformándose el espacio y las cosas en general en mercancías, en propiedades privadas) que surge el «pobre» propiamente dicho; aquel que, al no tener dinero suficiente, no logra acceder a los bienes y servicios necesarios para existir, ya que el mercado ha pasado a ser la fuente principal (idealmente, la única fuente) de estos bienes y servicios.

¿VENCER EL SUBDESARROLLO?

Ahora bien, esta visión equivocada, en la que se confunde producción de mercancías con producción de riqueza, es la visión que domina hoy el discurso sobre el desarrollo:

Fue en el día 20 de enero de 1949 que el Presidente Harry Truman, en su discurso inaugural en el Congreso, llamando la atención de su audiencia sobre las condiciones en los países más pobres, definió por primera vez a estas zonas como subdesarrolladas. De repente, se establecía un concepto aparentemente indeleble, comprimiendo la inconmensurable diversidad del Sur en una categoría única: los países subdesarrollados. La creación de este nuevo término por Truman no fue un accidente, sino la expresión exacta de una visión del mundo: para él todos los pueblos del mundo caminaban en la misma pista, unos más rápido y otros más despacio, pero todos en la misma dirección, con los países del Norte —particularmente los EUA— por delante y los demás, con su renta per capita absurdamente baja, muy por detrás. Una imagen que las sociedades de mercado del Norte habían adquirido paulatinamente de sí mismas fue, de este modo, proyectada sobre el resto del mundo: el grado de civilización de una sociedad quedaba indicado por su nivel de producción (...) El imperativo de Truman para desarrollarse significó que

las sociedades del Tercer Mundo ya no eran vistas como posibilidades de vida humana distintas e incomparables, sino que eran clasificadas en una única y progresiva pista, consideradas más o menos avanzadas según los criterios de las naciones industrializadas de Occidente (...) Los líderes de las nuevas naciones —de Nehru a Nkrumah, de Nasser a Sukarno— aceptaron la imagen que el Norte tenía del Sur y la internalizaron como su autoimagen (...). La «pobreza» a escala mundial fue descubierta después de la Segunda Guerra Mundial. Antes de 1940 no se trataba esta cuestión. En uno de los primeros informes del Banco Mundial, datado en 1948-1949, la «naturaleza del problema» fue delimitada como sigue:

Según la agencia de estadísticas de las Naciones Unidas, la renta per capita de los EUA en 1947 era de más de 1400 US\$ (...). Sin embargo, para más de la mitad de la población del mundo, la renta media era menos —y en algunos casos mucho menos— que 100 US\$. La magnitud de la diferencia demuestra no sólo la necesidad urgente de aumentar el nivel de vida en los países subdesarrollados, sino las enormes posibilidades de hacerlo (...).

Tan pronto la escala de renta quedó establecida, se impuso orden en un globo confuso: mundos horizontalmente tan distintos como los pueblos zapotecas de México, los tuaregs del norte de África o los rajasthanis de la India, podían ser clasificados juntos, mientras que una comparación vertical con los países «ricos» exigía relegarlos a una posición de inferioridad casi incalculable. De esta forma la «pobreza» fue empleada para definir pueblos completos, no por lo que eran y deseaban ser, sino por lo que no tenían y por aquello en lo que tendrían que convertirse. El menosprecio económico sustituyó así a la soberbia colonial.

Además, este cambio conceptual justificaba la intervención: dondequiera que la renta baja fuera el problema, la única respuesta posible era el «desarrollo económico». No se hacía mención a la idea de que la pobreza pudiera ser consecuencia de la opresión, exigiendo la liberación, o que una cultura de suficiencia pudiera ser esencial para la supervivencia a largo término ni, aún menos, que una cultura pudiera dirigir sus energías hacia esferas distintas a la económica (...).

La frugalidad es el distintivo de las culturas libres de la necesidad de acumulación. En ellas, las necesidades de cada día son satisfechas, sobre todo, por una producción de subsistencia, siendo apenas una pequeña parte adquirida en el mercado. A nuestros ojos, las personas tienen pocas posesiones —una cabaña, unos utensilios y una ropa de domingo— y el dinero juega un papel secundario. Sin embargo, cada cual tiene acceso a los campos, ríos y bosques, mientras que el parentesco y la comunidad aseguran servicios que, en otras partes, tienen que ser pagados en metálico. Aunque estén en la «franja de renta baja», nadie sufre de hambre. Además, importantes excedentes son frecuentemente gastados en joyas, fiestas o construcciones grandiosas. En un pueblo mexicano tradicional, por ejemplo, la acumulación privada lleva al ostracismo social: el prestigio se consigue justamente al gastar, incluso pequeñas rentas, en obras buenas para la comunidad. Aquí vemos una forma de vida que reconoce y cultiva un estado de suficiencia. Ésta se convierte en «pobreza» degradante sólo cuando es presionada por una sociedad de acumulación.¹⁸

De esta forma, introduciendo las relaciones del libre mercado e introduciendo la noción moderna de desarrollo y de riqueza, el proceso de desarrollo (incluso lo que hoy se denomina «desarrollo sostenible»), no sólo afecta negativamente a la (re)producción autónoma de los valores de uso generados por los servicios de la biosfera y por una organización social más amplia (por medio de otras formas comunitarias de provisión de los servicios sociales basadas, no en las relaciones del mercado, sino en la reciprocidad, en la redistribución, etc.) y con ello a la (re)producción de las riquezas tanto en el presente como en el futuro, sino que tampoco puede satisfacer las necesidades de las generaciones presentes, justamente por extirparlas de un contexto de suficiencia para introducirlas en un contexto de carencia infinita.

Ahí donde no hay más fuentes naturales de libre acceso de agua potable, se instauran a la vez la miseria (para aquellos incapaces de comprar agua mineral o de pagar sus facturas de agua) y la pobreza (para aquéllos incapaces de costearse el agua mineral de determinada marca en el restaurante de moda del

momento). Ahí donde no hay más caza, ni se pueden recolectar frutas en el bosque, el aporte de nutrientes está condicionado por las reservas de dinero de cada uno. Ahí donde deja de ser la sociedad en su conjunto la que se hace cargo de sus miembros, aquellos que no son capaces de pagarse estos servicios en el mercado van a parar, literalmente, a la calle, intentando buscarse el dinero necesario como sea. Finalmente, ahí donde cada cual sólo logra garantizar y afirmar su posición social por una acumulación de bienes y servicios, condenado además a una lucha sin descanso contra la continua erosión del valor de sus activos por la obsolescencia forzada de éstos, todos nos vemos convertidos en pobres, con la excepción de una absoluta minoría, en última instancia, con la excepción incluso de la única persona «más rica del mundo», del único que no tiene ningún listón por encima según el cual se pueda sentir pobre, a no ser, por supuesto, por su propia ambición de seguir acumulando.

CONCLUSIONES

Podemos así concluir con Sachs:

Hasta los días actuales, los políticos del desarrollo han visto la «pobreza» como el problema y el «crecimiento» como la solución. No han admitido todavía que han estado trabajando con un concepto de pobreza formado por la experiencia de las sociedades mercantiles del Norte. Con la perspectiva del menos afortunado de los *homo economicus*, estimularon el crecimiento y muchas veces fomentaron la miseria al arruinar múltiples culturas de la frugalidad. La cultura del crecimiento sólo puede ser construida sobre las ruinas de la frugalidad, de forma que la miseria y la dependencia con relación a las mercancías constituyen el precio que debe pagarse (...).

La miseria predomina tan pronto como la frugalidad es desprovista de sus fundamentos. Junto con los lazos comunitarios, la tierra, los bosques y el agua son los más importantes prerequisites para la subsistencia sin dinero.

¹⁸ Sachs, *op. cit.*, p. 4, 5, 8, 9, 11 y 28.

Tan pronto son tomados o destruidos, la miseria acecha. Una y otra vez, campesinos, nómadas y tribus cayeron en la miseria al ser expulsados de sus tierras, praderas y bosques. De hecho, la primera política estatal con relación a la pobreza, en la Europa del siglo XVI, se produjo como reacción a la aparición repentina de mendigos y vagabundos como consecuencia del cercado de los campos¹⁹ (...).

¹⁹ El autor se refiere aquí al proceso descrito por la voz inglesa *enclosure*, que designa, originariamente, el proceso de transformación de la agricultura señorial basada en tierras comunales, en una agricultura capitalista que, al generar una producción (sobre todo de lana) volcada para el mercado y un éxodo masivo de campesinos desposeídos hacia los centros urbanos ingleses, fue la base social y económica para la revolución industrial inglesa. Sin embargo, este proceso de *enclosure* of the commons sigue ocurriendo hoy día en otras partes, al convertirse espacios antes controlados y regidos por las comunidades locales en propiedad privada, a la vez que se generan las bases para el desarrollo moderno de estas sociedades, así como la pobreza y la migración masiva tan característica de los actuales países «subdesarrollados». Un buen análisis sobre este proceso se encuentra en el número especial de *The Ecologist*, *Whose Common Future?* dedicado a este tema: en *The Ecologist*, vol. 22, no 4, julio/agosto del 1992.

²⁰ Sachs, *op. cit.*, pp. 12-13.

La escasez es el fruto de la modernización de la pobreza. Afecta sobre todo a grupos urbanos atrapados en la economía monetaria como trabajadores y consumidores, cuyo poder de compra es tan bajo que quedan apeados del camino. No sólo su condición los hace vulnerables a las fluctuaciones del mercado, sino que viven en una realidad en la que el dinero asume una importancia creciente. La capacidad de lograr algo por sus propias fuerzas se desvanece gradualmente, a la vez que sus deseos, alimentados por vislumbres de la alta sociedad, se proyectan hacia el infinito (...).

¿No es ya hora, pasados cuarenta años, de sacar una conclusión obvia? Aquel que quiera eliminar la pobreza tendrá que construir un modelo basado en la suficiencia. Un empleo cuidadoso del crecimiento es la manera más importante de luchar contra la pobreza.²⁰

Finalmente, esta conclusión presenta un corolario inmediato y directo: *la lucha contra la pobreza empieza por uno mismo*. Al replantearnos nuestra estructura de necesidades, así como el conjunto de satisfactores que empleamos y a los cuales aspiramos, tal vez podamos, una vez liberados de la prisión del tener, dedicarnos finalmente a *ser*.



Icaria ✿ Antrazyt

LOUIS LEMKOW

Sociología ambiental

Pensamiento sociambiental y ecología social de riesgo

La sociología ambiental es una nueva subdisciplina de la sociología, sin embargo, el pensamiento socioambiental ha sido recurrente en nuestra sociedad. El libro, en su primera parte, presenta la evolución del estudio de la relación medio ambiente y sociedad desde las obras de Hipócrates hasta la teoría social contemporánea, pasando por el determinismo ambiental, el posibilismo geográfico y el reduccionismo biológico. La consolidación e impacto de la ecología sistémica sobre las ciencias sociales y humanas tiene un lugar central en el desarrollo de la segunda parte del libro («La ecología social del riesgo») que también analiza las diversas y complejas respuestas de la sociedad ante la proliferación de nuevos riesgos ambientales.